



*siete sacramentos*, estudio preliminar y anotaciones de Josep-Ignasi Saranyana, Ediciones Eunat («Biblioteca de Escritos Medievales», 2), Pamplona 1995, 240 pp.

Se reproducen ahora los sermones cuaresmales de Tomás de Aquino, predicados en Nápoles en 1273, entre el 12 de febrero y el 9 de abril, junto con un opúsculo algo anterior —fechaable entre 1261 y 1265— titulado *De articulis fidei et Ecclesiae sacramentis*, que es íntegro de su propia pluma. Estos cincuenta y siete o cincuenta y nueve sermones fueron pronunciados en lengua romance, y fueron tomados taquigráficamente en latín por fray Reginaldo de Piperno y fray Pedro de Andria (reportador de los sermones sobre los mandamientos). Tienen, pues, una redacción esquemática, pero resultan riquísimos desde el punto de vista teológico y pastoral. Por ello han merecido muchísimas reimpressiones en latín, aunque sólo existe edición crítica de las dos lecciones sobre el Avemaría y del opúsculo *De articulis*; y han sido traducidos a lenguas modernas, también entre ellas al castellano. En efecto: en Argentina vieron la luz en los años cuarenta las *Collationes super Credo* y las *Collationes super decem praeceptis*; y en Madrid, en 1975 y 1978, los cinco opúsculos que ahora se publican, en edición preparada, entonces también, por Josep-Ignasi Saranyana.

La nueva edición que acaba de aparecer implica muchas novedades con relación a la edición de 1975: un nuevo y mucho más técnico estudio preliminar; bastantes notas explicativas a pie de página han sido modificadas, algunas sustituidas, y otras muchas nuevas añadidas; se ha revisado cuidadosamente la traducción castellana, corrigiendo la versión de Marciano Somolinos; con frecuencia se ha reestructurado la distribución del texto para hacerlo más legible, y se han añadido ladillos —nuevos subtítulos— para facilitar la localización de los temas

tratados por Santo Tomás. Finalmente, el índice general se ha enriquecido notablemente.

El estudio preliminar resulta muy clarificador. En él, Saranyana se manifiesta familiarizado con la teología plenomedieval, particularmente con las principales tesis aquinianas. Además, procura trazar, aunque sucintamente, la evolución de los comentarios patrísticos y altomedievales al Símbolo apostólico, Paternoster, Avemaría, al doble precepto de la caridad y al Decálogo mosaico, insertando la actividad homilética de fray Tomás en el contexto de la tradición cristiana. Así se aprecia mejor la sintonía del Aquinate con sus antecedentes y se ofrece una imagen genético-histórica de la actividad pastoral de la Iglesia.

Las frecuentes notas parecen necesarias y muy pertinentes, no sólo para facilitar la comprensión de la vasta erudición histórico-teológica de Aquino, sino también para señalar aquellos puntos en que ha habido modificaciones en la disciplina sacramental y litúrgica de la Iglesia.

Un buen «índice de autores, autoridades y corrientes teológicas» enriquece todavía más esta edición, que, sin duda, será muy bien recibida, no sólo por todo tipo de medievalistas, sino también por los estudiosos de la catequesis y de la homilética cristianas, y por todas las personas cultas interesadas en la historia de la Iglesia.

J. Sebastián

**Ramón TREVIJANO**, *Orígenes del cristianismo. El trasfondo judío del cristianismo primitivo*, Universidad Pontificia de Salamanca («Plenitudo temporis», 3) Salamanca 1995, 475 pp.

Los estudios sobre los orígenes del cristianismo han cobrado nuevos enfoques a medida que han integrado dos factores:



a) los recientes descubrimientos de fondos literarios de aquella época (Qumrán, Targum Neofiti, Nag Hammadi, obras apócrifas judías y cristianas), y b) los resultados de la crítica histórico literaria realizada sobre todo a la luz de las ciencias sociológicas. En castellano, aunque han aparecido publicaciones sobre aspectos particulares, u obras en colaboración de diversos autores, no existía hasta el momento una visión de conjunto tan amplia y coherente como la que nos ofrece el Dr. Ramón Trevijano, catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca. Ésta lleva acertadamente el subtítulo «El trasfondo judío del cristianismo primitivo», pues, en efecto, en ella encontramos expuestos no sólo el entorno judío en que vivió Jesús y surgió la Iglesia, sino también el influjo que el judaísmo ejerció en el cristianismo y en su configuración como gran Iglesia.

Ese trasfondo lo va presentando el autor en diversas unidades temáticas, que a veces ocupan un capítulo, y otras, varios; pero cuyo desarrollo es en cierto modo independiente. En esos bloques temáticos no sólo se exponen datos de historia y de literatura, sino que se abordan las cuestiones de más acuciante actualidad para los estudiosos de los orígenes del cristianismo, como la explicación de su rápida difusión, el influjo que ejercieron otros grupos (fariseos, esenios), los factores que incidieron en la confección del canon del N. T. y la configuración de la gran Iglesia, o la forma y posibilidades de acceso al «Jesús histórico». Un excelente sumario al final de cada capítulo ayuda enormemente al lector a hacerse con los datos esenciales de su contenido.

Los tres primeros capítulos se fijan especialmente en el *desarrollo histórico* (político y sociológico). El primero, bajo el título «los orígenes del judaísmo» expone la historia del pueblo judío desde el exilio y restauración (s. VI a. C.) hasta finales del s. I y comienzos del II d. C., cuando el antiguo judaísmo

se bifurcó en el judaísmo normativo de carácter fariseo por un lado, y el cristianismo, por otro. El segundo capítulo, titulado «judaísmo y helenismo», presenta los avatares del pueblo judío en la época helenística y bajo el dominio romano, explicando de nuevo al final la ruptura entre judaísmo y cristianismo. El tercero estudia «la dispersión judía y expansión cristiana» exponiendo primero la situación de los judíos en la diáspora, y, luego, la misión universal de la Iglesia y la forma de llevarse a cabo.

En estos tres capítulos se analizan los factores de orden sociológico y político, además de las ideas religiosas, que confluyeron en el surgir del cristianismo como religión distinta del judaísmo, y en su rápida expansión entre los paganos preparada ciertamente por la diáspora judía. El cristianismo aparece como una rama del antiguo judaísmo, del que emergieron finalmente, tras las guerras del 70 y del 135, «dos grupos: el de los cristianos y el de los rabinos herederos de los sabios fariseos» (56). «La persecución judía contribuyó a hacer del cristianismo una entidad separada y a proveer para que fuese reconocida como tal por las autoridades romanas» (87). Mientras el judaísmo se cerró en sí mismo y en torno a la Ley y la tradición de los rabinos, el cristianismo vio «la inclusión de los paganos como parte indispensable de la actuación salvífica escatológica del Dios de Israel en el acontecimiento Cristo» (55). De esta forma, «la teología cristiana primitiva cayó en la cuenta de que la misión universal podía ampararse en el ejemplo de Jesús. Más aún, era una exigencia ineludible del misterio de Cristo» (110).

Los tres capítulos siguientes (IV-VI) se fijan sobre todo en la *literatura*. El IV hace una exposición de la literatura del judaísmo helenista (Biblia griega, escritores grecojudíos anteriores a Filón, Filón y Flavio Josefo); el V presenta «la interpretación de la Escritura en el judaísmo», atendiendo espe-



cialmente a la literatura rabínica y a la de Qumrán; y el VI trata del «recurso a la Escritura en el cristianismo», mostrando cómo los cristianos utilizaron los recursos comunes al judaísmo descritos en el capítulo anterior.

Del conjunto de estos tres capítulos queda claro que aunque el cristianismo utiliza la misma Escritura (A. T.) y los mismo procedimientos de interpretación (midrás) que el judaísmo, ambos se diferencian radicalmente en la comprensión del texto bíblico. Para el judaísmo, «lo destinado a interpretar el canon, la Torá oral, llegó a ser a su vez 'canon' (...) mientras que en la naciente comunidad cristiana, desde un fenómeno contemporáneo y paralelo, llega a ser Cristo, como la Torá oral, la clave para interpretar las Escrituras» (182). Señala con acierto el Prof. Trevijano que «es sin duda exagerado describir los Evangelios como composiciones midrásicas haggádicas con unos pocos pasajes midrásicos haláquicos» (192). «La haggadá del N. T. es diversa de la del judaísmo. Para éste es una literatura sobre la Escritura; en cambio el Evangelio es una literatura, inspirada en la Escritura, sobre el acontecimiento Cristo» (193). Esta forma de interpretar la Escritura proviene de la comprensión más primitiva del mensaje cristiano, pues «el cristianismo primitivo expresa su convicción de que lo referente a Jesús recibe su sentido teológico del plan de Dios mostrado por las Escrituras ya en la confesión de fe prepaulina (1 Cor 15, 3-5). El misterio pascual y esta hermenéutica son el sustrato de la teología del N. T.» (210). Por otra parte, esa forma de interpretar se desarrolla ya en las primeras generaciones, pues «los autores del N. T. utilizan su Biblia con procedimientos actualizantes targúmicos. La reproducción exacta de las frases del texto queda subordinada, en las nuevas composiciones, a los objetivos doctrinales y pastorales» (208).

Los capítulos VII y VIII están dedicados al *apocalipticismo*. El primero de ellos, al «apocalipticismo judío», su literatura y mentalidad; el segundo a la relación entre «apocalipticismo y cristianismo». En este sentido, concluye fundadamente el Prof. Trevijano que «desde una perspectiva sociológica e histórica el cristianismo primitivo ha podido ser considerado como una secta apocalíptica dentro del judaísmo» (238); pero que «la perspectiva se altera si consideramos que la expectativa de la parusía se daba en el contexto de la resurrección, con la consiguiente vindicación y exaltación de Jesús, y en el contexto de la experiencia presente del Espíritu» (238). El cristianismo «introduce un cambio radical de perspectiva, debido a la fe en Jesucristo» (ib.), aun participando del mundo de representaciones de la mentalidad apocalíptica. Ese cambio se manifiesta en la discontinuidad entre el cristianismo y la mentalidad apocalíptica; discontinuidad que el Prof. Trevijano ve en tres líneas fundamentales: la cristología, la historia y la misma tradición literaria. (cf. 240). El contraste, por ejemplo, entre la cristología y el apocalipticismo judío queda claro en cuanto que aquella «hace mirar en el pasado el acontecimiento decisivo de la salvación. Ello permite recobrar la visión de la historia y del mundo como el campo de la continua donación de Dios» (263).

A continuación encontramos tres capítulos (IX-XI) dedicados al estudio de los diversos grupos y concepciones mesiánicas existentes en el interior del pueblo judío en la época de Jesús y de la Iglesia naciente. «Fariseos, saduceos, sicarios y zelotes» en el cap. IX; «Esenios y Qumrán» en el X; la pluralidad de representaciones mesiánicas entre las que surge la fe en Jesucristo en el XI («Mesianismo y cristología»). En estos capítulos se analiza la relación que Jesús y los primeros cristianos tienen con cada uno



de esos grupos, y cómo surge y se desarrolla la cristología en el interior del cristianismo.

El Prof. Trevijano muestra cómo desde un punto de vista sociológico y religioso, el grupo del que Jesús y sus seguidores se sienten más cercanos es el de los fariseos, aunque, precisamente por problemas de delimitación de grupos, sean éstos los que ocupan un papel creciente como adversarios en la historia de la tradición evangélica (cf. 282). Los saduceos, en cambio, como clase dirigente antes de la primera guerra judía, parece que llevaron a cabo una oposición «más dura y sin matices que la de los piadosos fariseos» (284). Por otro lado, el autor concluye, de acuerdo con los datos, que «no hay base para sostener que los judeo-cristianos estuviesen estrechamente aliados a los zelotes. La comunidad de Jerusalén no se comprometió con la guerra judía, puesto que huyó pronto a Pella» (287). En cuanto a la aportación de los documentos de Qumrán para la comprensión del N. T., Trevijano la sitúa, con toda objetividad, en «el hecho de que permite un conocimiento más amplio del medio judío en que nace el cristianismo», ya que «las analogías entre el movimiento esenio y el cristianismo se observan tan sólo a nivel periférico» (p 321). A la luz de las investigaciones serias sobre los grupos judíos contemporáneos a Jesús, el autor puede concluir que «si bien Jesús maduró en una atmósfera marcada por el pietismo de fariseos y esenios, durante el curso de su ministerio siguió otro camino: el determinado por su misión a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mt 15, 24), al hacer suyo el programa esbozado en Is 61, 1 (cf. Lc 4, 18)» (319-320).

Tras analizar la variedad de representaciones mesiánicas del judaísmo contemporáneo, Trevijano expone con claridad y acierto cómo «sólo Jesús dará realidad y unidad a las intuiciones convergentes de la esperanza judía. Escogiendo el camino de la muerte

desafiaba las expectativas corrientes sobre el Mesías, ya que el morir le descalificaba como tal. Proclamó el Reino de Dios, no la instalación de un reino mesiánico. En su conflicto con el ideal mesiánico judío, Jesús adoptó otras ideas bíblicas o del judaísmo tardío, ya asociadas con la idea del Mesías en algunos círculos: como la idea del 'Hijo del Hombre'; pero sobre todo la representación del 'Siervo de Yahweh' sufriente y redentor» (347). Por tanto, seguirá afirmando, «la cristología no procede de un mito prefabricado, sino de un proceso interpretativo sucesivo y que confluyó en una imagen total. Las tradiciones de Jesús fueron formuladas a la luz de la cristología (...) El dato óptico de la resurrección, descrito como acontecimiento empírico, y la experiencia de los discípulos durante los años con Jesús son el presupuesto para el origen de la cristología» (350). Junto a esto, señala que «el Kérygma neotestamentario del Hijo de Dios es un dato específicamente cristiano que no puede explicarse por presupuestos judíos ni helenísticos. Los primeros teólogos cristianos, que eran judíos, han creado una doctrina enteramente nueva porque los hechos les han obligado a ello. Datos ópticos como la resurrección y el nacimiento virginal. Datos funcionales como la actividad y enseñanza de Jesús, los milagros y la pasión» (357).

Finalmente, en el cap. XII, queda expuesto el *desarrollo de la Iglesia* a partir de los primeros predicadores, testigos de Jesús, hasta la consolidación de la «Katholiké Ekklesía». Comienza este capítulo con el estudio de los Doce y los apóstoles. «Los Doce fueron un círculo de testigos cualificados del Resucitado (1 Cor 15, 5). Hay que contar con que fueron ya una realidad importante en el ministerio de Jesús» (366). El concepto de «apóstol» fue comprendido de diversas formas, hasta que «desde el s. II (los «apóstoles») son para la conciencia cristiana el punto decisivo del paso histórico desde Jesu-



cristo a su Iglesia» (368). Junto a esto, Trevijano explica también la formación del Credo y cómo se pasó de las confesiones estructuradas en una, dos o tres cláusulas a los credos declarativos «transmitidos oficialmente en el curso de la catequesis previa al bautismo» (370).

El largo proceso hasta la formación del canon del N. T. supone, según Trevijano, que «hablando en general había un núcleo común de libros aceptados por los cristianos unidos al menos por 1) el rechazo del docetismo, 2) la aceptación del A. T. y 3) su creencia de que la revelación de Dios era accesible a todos los hombres y no sólo para una élite (...) El proceso de canonización era, al menos en parte, un proceso de reconocimiento de lo que era desde hacía tiempo una situación de hecho» (376). También fue, explica asimismo el autor, una selección de un conjunto más amplio, en el que estaban los apócrifos (cf. 375). Aquí se resalta la relevancia de algunos intentos recientes de reconstruir la figura de Jesús a partir de estas obras apócrifas, y el reto que esto supone actualmente para el exegeta y el teólogo, quienes, según él, han de hacer una primera opción, «dogmática» y «metafísica», «entre el Jesús descrito en Heb 1, 1 o un Jesús tan complejo, confuso y hasta contradictorio, que puedan derivar de él, como interpretaciones históricamente 'auténticas', ebionismo, docetismo, gnosticismo o catolicismo» (379).

Desde el punto de vista histórico, la orientación correcta de la respuesta a la cuestión que se acaba de plantear la encuentra indirectamente el lector en las páginas que siguen, dedicadas a los «garantes y transmisores» de la tradición. La tradición cristiana, ratifica el autor, «es una tradición que no ha de entenderse como creada por una masa anónima e indiferenciada, sino una tarea de 'funcionarios' responsables. Inicialmente fueron aquellos testigos ocula-

res que llegaron a ser 'servidores de la Palabra' (Lc 1, 2)» (380). A través de ellos, y aun teniendo en cuenta «lo mucho que ha influido la misma libertad profética y los precedentes hagádicos en la transmisión de las tradiciones evangélicas» (381), se fundamenta que «la cristología neotestamentaria y eclesiástica queda atada comunicativamente al lenguaje inicial del fenómeno del Jesús histórico» (Ib.). Oportunamente recuerda el Prof. Trevijano que «el concepto de 'Jesús histórico', referido a Jesús en la medida en que puede ser objeto de la investigación crítica histórica, ha de distinguirse del de 'Jesús terreno', en el que estaba interesada la comunidad más temprana» (381s.). Asimismo deja claro que «los hechos y dichos 'realmente' de Jesús (*ipsissima facta e ipsissima verba Iesu*), identificados muy diversamente según los criterios y presupuestos de los investigadores, no nos dan el todo Jesús que sólo es (parcialmente, cf. 1 Cor 13, 12) accesible por la fe en la predicación neotestamentaria y eclesiástica. (...) Sólo en los escritos canónicos (independientemente del estado histórico a que correspondan sus diversos elementos), encontrará el creyente la Palabra de Dios definitiva» (382).

El Prof. Trevijano sigue exponiendo la diversidad de garantes y transmisores de la tradición que aparecen en el N. T., y cómo los diversos carismas y ministerios fueron evolucionando hasta llegar a cuajar algunos de ellos en estructuras estables. Un examen objetivo de los datos que se encuentran en la literatura cristiana de los dos primeros siglos lleva a concluir que «el episcopado monárquico emergió gradualmente y con distinto ritmo en las iglesias a partir de un primitivo colegio de episcopos-presbíteros, por una tendencia espontánea a muchas organizaciones colegiales y también por un dinamismo propio a la presidencia eucarística» (390). Por otra parte, el autor analiza también la consolidación de la regla de fe frente



a las tergiversaciones de docetas y gnósticos. Llega así a mostrar cómo, «en un proceso de siglos, que desborda la época prenicena, la Católica fue haciéndose consciente de sus señas de identidad: Escritura, Regla de fe y Tradición, que incluye el culto sacramental y sus agentes ministeriales» (399).

Este libro del Prof. Trevijano se distingue, frente a presentaciones reductivas y unilaterales que hoy se dan pretendiendo apoyarse en las exigencias de la ciencia histórica, por su carácter complejo, su rigor científico, y, al mismo tiempo, su sintonía con la tradición eclesial, objeto directo, en definitiva, de cualquier estudio sobre los orígenes cristianos. A la publicación del libro han precedido numerosos trabajos del autor con minuciosas investigaciones sobre puntos concretos. Ahora nos presenta esos resultados integrados en visiones de conjunto que suponen, además de un amplio conocimiento y utilización de una abundantísima literatura, una concienzuda reflexión previa. Ciertamente que como el mismo autor dice en la Introducción, a veces ha debido hacer una opción interpretativa «entre un caleidoscopio de opiniones» (p. 25). Ciertamente que quizás algún lector desearía encontrar más desarrollados algunos aspectos, como el señalado en nota 46 de 429 sobre rasgos específicos comunes a la gnosis y a Pablo frente al judaísmo fariseo o apocalíptico; o un mayor detenimiento en las orientaciones para responder al reto implicado en ciertos planteamientos actuales señalados en 378-379. Pero en su conjunto, y en cada uno de los temas que presenta, esta obra es sin duda una exposición rigurosa, actualizada y clara de los distintos aspectos relacionados con los orígenes del cristianismo y su trasfondo judaico. Ninguna otra obra en castellano, e incluso difícilmente en otra lengua, prestará un servicio tan valioso en orden a fundamentar puntos de partida en cristología y eclesiología. Una obra que llega en el mo-

mento oportuno dada la escasa, y a veces tendenciosa y carente de rigor, investigación desarrollada en castellano sobre un tema de tal importancia y trascendencia.

G. Aranda Pérez

**Joan TUSQUETS I TERRATS**, *La filosofía del llenguatge en Ramon Llull, exposició i crítica*, Ed. Balmes, Barcelona 1993, 100 pp.

El veterano Mosén Tusquets i Terrats, uno de los más ilustres especialistas en la figura del beato Ramon Llull, concentra en esta obra los resultados más sobresalientes de sus investigaciones acerca de la filosofía del lenguaje del Doctor Iluminado.

Los intérpretes clásicos de la obra luliana, cuando hablan de su filosofía del lenguaje, sostienen que éste es el fundamento y el método característico del sistema filosófico y teológico de Llull. El niño parte de una comunicación instintiva, parecida inicialmente a la de los animales, y desemboca en la maravilla del lenguaje articulado adulto que, pasando del *affatus* —el sentido luliano del habla— al sentido del oído, proporciona a la criatura humana el acceso al mundo de unos conocimientos superiores, formulados por el lenguaje racional. De esta raíz deriva posiblemente el interés de Llull por la capacidad que el hombre tiene de alcanzar demostraciones suficientes, a través del entendimiento que habla, no sólo de las verdades naturales, sino también de las reveladas o misterios, sin excluir nunca la ayuda de la gracia.

La originalidad del libro de Tusquets radica en poner de manifiesto que Llull, sin desdeñarse de la interpretación tradicional, descubre y utiliza otra interpretación: la filosofía del lenguaje. Ésta consistía en extraer del idioma hablado el saber filosófico atesorado a través de los siglos en la estruc-